

De entre ellas, cincuenta y cuatro del país de Borgoña, eran las más bellas de la corte. Sus hermosos cabellos iban adornados con valiosas cintas. Gran cuidado habían puesto en todo lo que Gunter mandara.

Para agradar á los guerreros extranjeros llevaban las más ricas telas que podían verse y los vestidos más costosos, combinados admirablemente sus colores. Mal gusto hubiera tenido aquel á quien cualquiera de ellas no agradara.

Se veían también muchos trajes de zibelina y de armiño y más de una mano, más de un brazo, se veía adornado con brazaletes, ceñidos por encima de la seda. Nadie podrá describir perfectamente aquellos preparativos.

Sobre aquellos hermosos trajes sus manos ciñeron un cinturón magnífico, ancho y bien bordado para contener los bellos pliegues de los astracanes árabes. El momento de los alegres placeres para aquellos jóvenes se aproximaba.

Muchas lindas vírgenes comprimían su talle con graciosos corpiños. Solo hubieran podido temer que los vivos colores de su rostro no aventajaran el brillo de sus vestidos. Ningún rey de nuestro tiempo podrá reunir tan lucido acompañamiento.

Cuando aquellas hermosas mujeres se vistieron los trajes que debían llevar, se adelantó un grupo de guerreros valerosos armados de escudo y lanza, cuyas astas eran de fresno.



X.

DE COMO BRUNEQUILDA FUÉ RECIBIDA EN WORMS.

AL otro lado del Rhin, se veía ya al rey acompañado de muchos caballeros. Las riendas de las hacaneas en que iban muchas jóvenes, las llevaban en la mano. Los que debían recibirlos estaban dispuestos.

Cuando las barcas en que iban los guerreros de Islandia, los Nibelungos y los hombres de Sigfrido divisaron la orilla, aceleraron la marcha; sus manos eran infatigables; y se dirigieron á donde estaban los amigos del rey.

Escuchad ahora el relato de como la reina Uta la rica, condujo á la joven fuera de la ciudad y cabalgó ella misma. Aquel día entablaron relaciones muchos caballeros con hermosas jóvenes.

El margrave Gere, llevaba de la brida el caballo montado por Crimilda, pero solo lo hizo así hasta las puertas de la ciudad. Desde allí el héroe Sigfrido la sirvió tiernamente; era una hermosa mujer. Mas tarde fué recompensado por ella como merecía.

El atrevido Ortwein cabalgaba al lado de la reina Uta, y un gran número de caballeros y de jóvenes los seguían. Nunca, es menester decirlo, se había visto reunido en una recepción, tan gran número de mujeres.

En tanto llegaba la barca se hicieron vistosos juegos de armas por famosos guerreros, ¿sería bueno olvidarlo? ante la hermosa Crimilda. Para esto se levantaron de las sillas muchas hermosas mujeres.

El rey había atravesado el río con sus nobles caballeros. ¡Cuántas lanzas volaron en astillas ante las mujeres! Se

escuchaba el ruido que hacen muchos escudos chocando violentamente. Sus adornadas puntas resonaban al ser golpeadas.

Cerca de la orilla estaban las mujeres dignas de ser amadas; Gunter con sus huéspedes descendió de la barca dando á Brunequilda la mano. Los vestidos y la pedrería brillaban hasta causar envidia.

Haciendo graciosas cortesías se adelantó Crimilda para recibir á la Brunequilda y á su acompañamiento. Con sus manos se las vió separar las trenzas de sus cabellos para darse un beso: se lo dieron afectuosamente.

Así dijo en tono amistoso la virgen Crimilda: «Seáis bienvenida á este país, por mí y mi madre y por todos nuestros fieles y amigos.» Ambas se inclinaron.

Las mujeres se abrazaron repetidas veces. Nunca se había oído hablar de una recepción tan afectuosa como la que hicieron á la desposada, Uta y su hija. Muchas veces se besaron sus dulces labios.

Cuando las damas de Brunequilda saltaron todas en tierra, muchos jóvenes guerreros llevaron de la mano á no pocas vírgenes, ricamente vestidas. Estas nobles jóvenes rodeaban á Brunequilda.

Largo rato pasó antes que las saluciones estuvieran terminadas; entre tanto más de una rosada boca besó y fué besada. Las hijas de los reyes estaban la una junta á la otra. Muchos famosos guerreros tenían gusto al contemplarlas.

Las seguían con los ojos todos aquellos que habían oído decir que nada había más hermoso que aquellas dos mujeres: no había exageración en esto: nada de la belleza de sus cuerpos eran fingido ni engañoso.

Los que sabían apreciar á las mujeres y sus amorosos cuerpos, alababan la hermosura de la esposa de Gunter. Pero los más entendidos decían que Crimilda valía más que Brunequilda.

Juntas las unas á las otras se adelantaron mujeres y vírgenes; todas ellas iban lujosamente vestidas. Muchos pabellones de seda y gran número de tiendas estaban extendidas por el campo antes de llegar á Worms.

Los parientes del rey caminaban á su alrededor. A Brunequilda y á Crimilda las llevaban por los sitios en que menos las dañara el sol: iban acompañadas por los héroes del país de Borgoña.

Todos los huéspedes habían llegado á caballo; chocaron admirablemente las lanzas contra los escudos. Todo el campo quedó cubierto por una nube de polvo, como si el fuego lo hubiera envuelto: los héroes verdaderos fueron allí conocidos.

Las mujeres miraban atentamente á los guerreros. Creo que el fuerte Sigfrido pasó y volvió á pasar con la espada en la mano por delante de los pabellones. Mil fuertes Nibelungos eran mandados por el héroe.

Hagen de Troneja se adelantó por indicación del rey é hizo cesar los juegos caballerescos, para que el polvo no molestara á las hermosas jóvenes. Todos los extranjeros obedecieron inmediatamente sin violencia ninguna.

Así habló el noble Gernot: «Dejad ahí los caballos hasta que refresque; iremos á acompañar á las hermosas mujeres hasta el palacio: así cuando el rey quiera cabalgar, todos estaréis dispuestos.»

Cesaron inmediatamente los asaltos y abandonaron el campo para retirarse al abrigo de las tiendas, en las que el tiempo se pasó agradablemente. Los guerreros permanecían cerca de las jóvenes cuyos favores esperaban conseguir: así pasaron las horas hasta el momento de partir.

A la caída de la tarde cuando el sol principió á descender, el aire refrescó y no quisieron detenerse más: damas y guerreros se dirigieron á la ciudad. Con los ojos admiraban las bellezas de aquellas lindas mujeres.

Manifestando su destreza, los buenos guerreros hicieron algunos asaltos para ganar trajes, según era la costumbre del país, hasta que llegaron al palacio donde el rey echó pié á tierra. Allí las damas fueron servidas por los caballeros según correspondía á su rango.

En aquel momento se separaron las reinas. Uta y Crimilda se dirigieron á sus suntuosos aposentos, seguidas por sus acompañantes. Por todas partes se oían alegres gritos de satisfacción.

Prepararon los asientos; el rey quería dirigirse al banquete con sus huéspedes. A su lado se veía la hermosa Brunequilda que ceñía la corona en el país del rey, y que estaba muy ricamente vestida.

Muchas hermosas sillas estaban colocadas alrededor de buenas y anchas mesas, cargadas de manjares, según nos han contado. ¡De lo que podía desearse no faltaba nada! Cerca del rey estaban sentados los convidados más distinguidos.

Los camareros reales servían el agua en copas de oro rojo. Inútil sería decir que en otra fiesta de príncipes fueron mejor servidos, porque nadie querría creerlo.

Antes que el jefe del Rin hubiera tomado el agua, Sigfrido hizo lo que debía hacer. Le recordó su promesa, hecha antes de que vieran á Brunequilda en Islandia.

El le dijo: «Debéis recordar lo que me juró vuestra mano; que si alguna vez Brunequilda venía á este país, me daríais vuestra hermana: ¿qué se ha hecho de vuestros juramentos? En este viaje he realizado por vos grandes trabajos.»

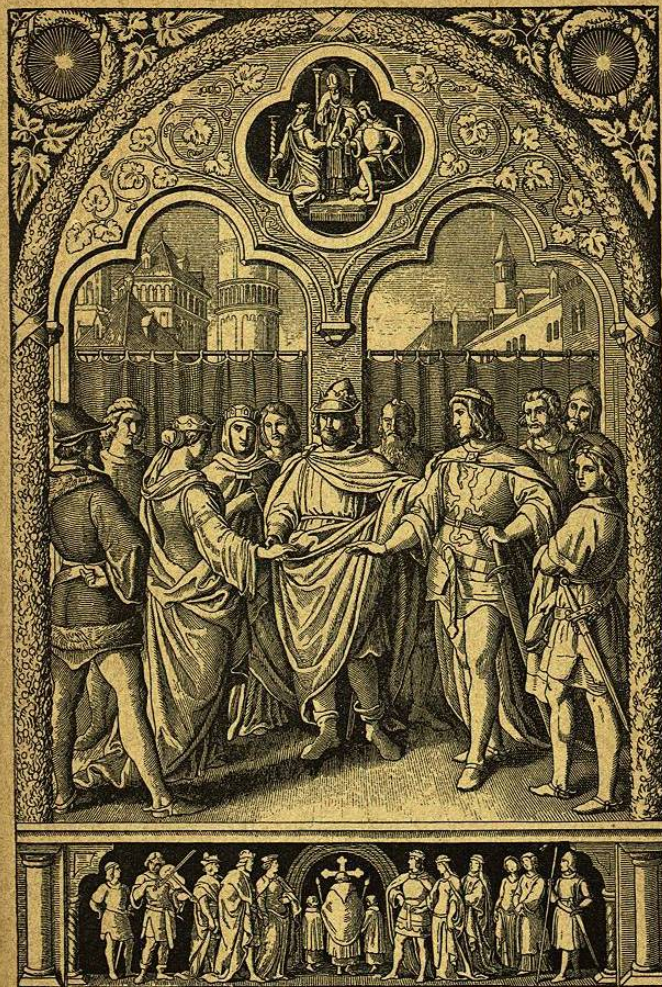
El jefe contestó á su huésped: «Con razón me habéis advertido. Mi mano jamás será perjura: os ayudaré lo mejor que pueda para que salgáis con bien de vuestro empeño.» Rogó cariñosamente que Crimilda compareciera á la corte.

Con muchas hermosas mujeres penetró en el salón, pero Geiselher le dijo en alta voz desde su asiento: «Haced que esas jóvenes se vuelvan: que mi hermana quede sola delante del rey.»

Condujeron á Crimilda á donde estaba el rey: muchos nobles caballeros de distintos países estaban allí. Rogáronles que permanecieran tranquilos en el amplio salón; la señora Brunequilda estaba ya en la mesa.

Ella no sabía lo que iba á suceder. Entonces el hijo del rey Dankwart dijo á su más próximo pariente: «Ayudadme para que Crimilda tome por esposo á Sigfrido.» Todos dijeron á un tiempo: «Muy bien puede hacerlo.»

Así le dijo el rey Gunter: «Hermana mía, noble joven, que por tu virtud y bondad quede cumplido mi juramen-



to. Te he prometido á un guerrero; si lo haces tu esposo, quedarán cumplidos mis votos. »

La noble joven respondió : « Mi hermano amado, no es menester que me roguéis : haré siempre lo que me mandéis ; que así sea. Amaré siempre , señor , al que me deis por marido. »

Al escuchar esta declaración amorosa, Sigfrido se tornó rojo. El guerrero hizo sus cumplimientos á la hermosa Crimilda. Hicieron que el uno se aproximara al otro, junto á los demás parientes y le preguntaron si aceptaba por esposo al valeroso guerrero.

Al principio el pudor cohibió á la joven, pero felizmente, para alegría de Sigfrido, no le duró mucho tiempo : la tomó por esposa también el noble héroe del Niderland.

Estaba desposado con la virgen , ella con él ; Sigfrido pudo estrechar en sus brazos á la hermosísima doncella : la noble reina fué abrazada después en la asamblea de los héroes.

Después se dividieron en dos grupos. Frente al rey estaba sentado Sigfrido, teniendo junto á sí á Crimilda; servíanlos muchos hombres valientes. Los Nibelungos estaban sentados á sus lados.

Al otro lado estaban el rey con Brunequilda la virgen. Cuando vió á Crimilda sentada al lado de Sigfrido, (nunca tuvo tanta pena) rompió á llorar ; por sus blancas mejillas se veían caer las lágrimas.

El jefe del país le dijo : « ¿ Qué tenéis, mujer mía , qué así se oscurece el brillo de vuestros ojos ? Es menester que os alegréis ; os están sometidos mi país, mis ricas ciudades y muchos hombres valientes.

« Mejor quiero llorar » contestó la hermosa joven. « Vuestra hermana es la causa de que yo tenga el corazón traspasado de este modo. La veo sentada al lado de un siervo vuestro y me apena que se haya rebajado tanto. »

Así le contestó el rey Gunter : « Guarda silencio ; en otra ocasión te diré por que yo he dado mi hermana á Sigfrido. Así pueda pasar la vida siempre feliz al lado de ese guerrero. »

Ella replicó : « Yo lo sentiré siempre por su belleza y por

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1916. 1626 MONTERREY, MEXICO